



**María Rey**  
**Juego de escaños**

Relato del divorcio entre política y ciudadanía

## Índice

PORTADA  
DEDICATORIA  
INTRODUCCIÓN

### PRIMERA PARTE. 300 DÍAS QUE CAMBIARON LA POLÍTICA ESPAÑOLA

Todo empezó en Sol  
Y en Sol se consolidó  
De Sol al Parlamento: llega el cambio  
De la mesa del Congreso al gallinero  
Sesión de investidura con bebé en los escaños  
Rondas en La Zarzuela y negociaciones en directo  
Del baile político al «pedaleo» periodístico  
La legislatura más corta y más bronca  
Vuelta a la casilla de salida: la urna  
El PSOE frente al abismo  
Ni tan nueva, ni tan vieja política

### SEGUNDA PARTE. EL PARLAMENTO SE QUEDÓ VIEJO

La revolución pendiente  
Del telegrama al tuit  
El discurso se quedó viejo  
La tribuna y el miedo escénico  
No sin mi escaño  
El pasillo, un mercadillo de titulares

Los corrillos

En el escenario de la historia, con la historia como decorado

Un paseo por Palacio

El síndrome de la mujer del César

Carta urgente a sus Señorías

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*A mi padre, que me contagió la pasión por la política*

*A mi madre, que me enseñó que se pueden hacer  
varias cosas a la vez*

## INTRODUCCIÓN

«Señorías soy perfectamente consciente de que entramos en una nueva etapa política.»

Rajoy pronuncia esta frase a finales de octubre de 2016, en el discurso previo a la votación de su investidura. Es el final de una etapa de bloqueo traumático para la clase política y agotador para la ciudadanía. Han tenido que pasar muchas cosas, con un alto coste para muchas personas, para encontrar una salida.

Más de la mitad de los que se sientan en el hemiciclo acaban de estrenar su escaño. Ha desaparecido buena parte de la vieja guardia parlamentaria. Los que continúan ya no tienen el mismo poder. No hay mayorías claras. Cada paso adelante requerirá un pacto.

Estamos ante una nueva y desconcertante etapa política en la que el tiempo avanza de forma vertiginosa. En pocos meses los nuevos partidos empiezan a parecerse a los viejos y algunos de los de siempre ven peligrar su futuro.

Hay otro paisaje en el hemiciclo. También en la tribuna de prensa abarrotada de periodistas del viejo y el nuevo oficio. Todos compiten con la inmediatez de las redes. Twitter es un instrumento poderoso que alimenta o arruina liderazgos. Ya nada es como parecía ser.

En la calle siguen las vallas apiladas. Nadie se atreve a vaticinar que la calma haya llegado para quedarse. Conviven con cámaras de televisión y unidades móviles. El blo-

queo político se ha convertido en un serial por entregas seguido por millones de espectadores. No falta ningún ingrediente, un atractivo galán que no está a la altura del guión, viejos amigos que rompen, parejas que se distancian y hasta el drama de la muerte de Rita Barberá en un hotel vecino.

Al nuevo tiempo hemos llegado por desgaste. Después de un proceso lento de pérdida de credibilidad de los políticos que la crisis aceleró.

El malestar se concentró en el Parlamento y se alimentó de la desidia de quienes fueron incapaces de percibir la que se venía encima. No ayudaron las broncas políticas que primaban el espectáculo ni la falta de transparencia. Los ciudadanos apenas conocían a sus representantes, ni siquiera a los de sus provincias. No sabían nada de su trabajo, de sus horarios, de sus obligaciones, y tenían información confusa sobre sus salarios y supuestos privilegios.

Como telón de fondo, los casos de corrupción, que gota a gota se colaban en la prensa diaria, fueron demostrando que nuestra democracia adormecida era incapaz de vigilar cómo se ejercía el poder. Nada era nuevo salvo una cosa: sucedía en un país atrapado en el túnel de la crisis.

Este libro es el resultado de la mirada crítica y curiosa de una cronista parlamentaria que a lo largo de muchos años ha tenido la suerte de asistir en primera fila al final de un ciclo y al inicio de otro nuevo. Recoge una crónica política y otra costumbrista. También una carta dirigida a quien quiera escuchar que buena parte de la renovación sigue pendiente.

Les propongo un recorrido por los pasillos de la democracia herida, por esos más de trescientos días que cambiaron la política de nuestro país y por las asignaturas pendientes de un Parlamento que se hizo viejo. Una llamada a

la modernización necesaria, a abrir las puertas para que corra el aire y vuelva la ilusión.

## **PRIMERA PARTE**

### **300 DÍAS QUE CAMBIARON LA POLÍTICA ESPAÑOLA**

## TODO EMPEZÓ EN SOL...

La indignación contra la clase política se cocinó en la madrileña Puerta del Sol, a menos de diez minutos caminando en línea recta desde el Congreso de los Diputados. No hablamos de la primavera de 2011, sino de mucho antes, del inicio del verano de 2004. España intentaba asimilar el horror de las bombas del 11 de marzo, un atentado que había marcado las elecciones generales que se celebraron tres días después, profundizando la brecha entre los dos principales partidos políticos.

El Congreso arrancó, no sin dificultades, una comisión de investigación que debería haber ayudado a esclarecer los errores y desidias que favorecieron la masacre. Desde el primer momento se mostraron las debilidades de una comisión partida en dos, los diputados del Partido Popular dolidos por acusaciones demasiadas veces injustas y por haber perdido el Gobierno desde una mayoría absoluta que creían robusta. Enfrente el PSOE, todavía sin digerir el cúmulo de circunstancias que lo empujaron al poder, y el resto de los partidos ayudando a los socialistas a pasar factura a la pétrea figura de Aznar.

Con este telón de fondo era casi imposible que la comisión de investigación hiciese lo que le tocaba: investigar, profundizar, analizar. Enseguida se convirtió en el escenario de una batalla política que poco tenía que ver con el duelo

de las familias de las 192 personas muertas en los atentados.

Esas víctimas se presentaron ante la puerta del Congreso para exigir que se les permitiese estar presentes en la comisión. Recogieron firmas —12.500— para apoyar su petición. Los papeles con sus nombres siguieron como tantas otras veces «el cauce reglamentario», el del olvido. Las normas de seguridad no permiten concentraciones en el perímetro más cercano al Congreso, así que las víctimas fueron desalojadas y se instalaron en la Puerta del Sol. Allí maduraron su indignación por la forma en que estaba trabajando la comisión de investigación, molestos por el tono de «ajuste de cuentas político» que dominaba aquellas reuniones.

No usaron pancartas, ni megáfonos, solo sentimientos. Cuando en sus últimos días de trabajo la comisión de investigación decidió convocar a los afectados, el grupo que había creado la Asociación de Víctimas del 11M se sentó a discutir cómo y qué diría ante los diputados. El periodista Aníbal Malvar, en su artículo del suplemento «Crónica»,<sup>[1]</sup> del diario *El Mundo*, describe al detalle cómo se cocinó aquel discurso que conmovió a España.

Recogiendo testimonios de unos y otros, fueron tejiendo un documento que Pilar Manjón, recién elegida presidenta de la asociación, leería ante sus señorías. Después del impacto provocado por sus palabras y por su persona, muchos acusarían a Manjón por haber sido dirigida desde organizaciones políticas de izquierda. El detallado relato de Aníbal Malvar lo desmiente de manera lúcida. Al menos en aquel momento, no hubo en las palabras de Manjón nada más que una explosión del dolor más grande del mundo, el de una madre que ha perdido un hijo y el de muchas otras familias amputadas por las bombas en los trenes.

El 15 de diciembre de 2004, aquella mujer con aspecto frágil, con dificultades para mantener un tono de voz audi-

ble sin perder la compostura, leyó su discurso durante una hora y 36 minutos. «Hoy hablamos, señorías, de cosas largamente meditadas.» Así arrancaban sus palabras cargadas de reproches hacia los políticos y la prensa, a quienes las víctimas acusaban, nada más y nada menos, de falta de sensibilidad ante el atentado más grave de nuestra historia. Hubo palabras duras: «Ustedes han hablado de circunloquios y periferias. Han hablado de ustedes. De nosotros, no. Esta comisión debía ser de toda la ciudadanía y ustedes se han apropiado de ella para hacer política de patio de colegio». Los diputados miraban atónitos, inmóviles, desconcertados.

Pilar Manjón los reprendió por no haberlos tenido en cuenta, por no haber hablado del sufrimiento que les produjeron los fallos de coordinación en las primeras horas tras el atentado. Les echó en cara que no les preocupasen sus problemas con el sistema público de salud. Se sentían desatendidos y perdidos en las listas de espera, mientras su angustia los devoraba por dentro. Se quejaron por la falta de pudor de los medios que mostraban una y otra vez los trenes destrozados con mantas cubriendo cuerpos, mientras ellos, desde sus casas, intentaban descubrir en aquellos bultos algún rasgo familiar. Lamentaron que no se respetara su intimidad porque constantemente recibían llamadas de organismos públicos y privados ofreciéndoles servicios, sin que nadie les hubiera pedido permiso para ceder sus datos.

Pilar Manjón riñó, sí, riñó a los diputados por empeñarse solo en saber qué había ocurrido entre el 11 —día del atentado— y el 14 de marzo —el de las elecciones—. Y les explicó lo más importante que había pasado en aquellas horas: que decenas de familias seguían buscando a los suyos, otros los enterraban y todos los lloraban.

El momento más duro de la comparecencia fue cuando la presidenta de la asociación lamentó el tono que había ido adquiriendo el debate, cada vez que alguno de los comparecientes alimentaba los argumentos de un bando o del otro. Un ambiente que ella comparó con el de «un partido de fútbol» y con la voz entrecortada preguntó a sus señorías: «¿De qué se reían, qué jaleaban?». Un silencio incómodo recorrió la sala.

Ni Pilar Manjón ni sus compañeros de duelo fueron capaces de medir el impacto que aquel discurso tendría en la sociedad y en la política. En las siguientes horas, las llamadas colapsaron el teléfono de la asociación y el móvil de su presidenta. Una de aquellas llamadas que tardó horas en atender era del Rey Juan Carlos.

Durante la hora y media de intervención pasó algo en aquella sala que en seis meses de discusiones en torno al drama del 11M todavía no había ocurrido. Casi todos los presentes lloramos. Por pena, por vergüenza o por no saber si —cada uno en su papel— había estado a la altura de las circunstancias.

En los grandes acontecimientos es donde se mide la grandeza de la política y del periodismo. No hay peor fracaso que la vergüenza. La sentimos en aquel mismo lugar tres semanas antes de escuchar a Manjón, con otro testimonio emocionante. Las palabras de un general de la Guardia Civil —Pedro Laguna— abrumado por el durísimo discurso del diputado popular Jaime Ignacio del Burgo, que indirectamente lo responsabilizaba de no haber evitado la masacre. El jefe de la Guardia Civil de Asturias, donde se habían robado los explosivos que destruyeron los trenes, leyó entre lágrimas un texto defendiendo la tarea de sus agentes y abandonó la sala despacio, empequeñecido, sin poder contener las lágrimas.

Aquellas escenas, casi olvidadas, fueron un aviso de cómo la política y la calle hablaban y sentían distinto. La prioridad de aquella comisión de investigación no fue solo descubrir lo que había pasado para evitar así que volviese a ocurrir. No para todos. La rivalidad política, el ajuste de cuentas, condicionó la mayoría de las jornadas de trabajo que sirvieron para alimentar la bronca política.

La vida, la presión social y el dolor convirtieron a Pilar Manjón en una figura pública controvertida. Pero volver a escuchar aquel primer discurso completo es recuperar la larga lista de reclamaciones de un grupo de ciudadanos indignados. Los primeros. Luego vinieron otros con inquietudes menos irreversibles pero también dolorosas y otras voces, no tan quebradas, pero también reivindicativas.

## Y EN SOL SE CONSOLIDÓ

Pasaron los años y el desgaste de la imagen pública continuó avanzando a paso lento. Las encuestas y los análisis indicaban que ocurría lo mismo en la mayoría de los países de nuestro entorno, hasta en Estados Unidos. Ninguna razón para inquietarse demasiado, hasta que con el nubarrón de la crisis empezó a arreciar el temporal.

El 15 de mayo de 2011 el movimiento de los indignados que se había ido fraguando a través de las redes ocupó las plazas en más de 50 ciudades españolas. En la Puerta del Sol, la protesta desembocó en una acampada que comenzó de forma espontánea y consiguió mucha más repercusión de la imaginada.

Cuatro días después el periódico *The Washington Post* dedicaba la parte principal de su portada a una fotografía de la concentración del 15M. El título: «Una primavera de frustración en España». En el texto comparaba el movimiento con la Primavera Árabe. El mundo observaba a España con curiosidad.

Los indignados siguieron acampados hasta el mes de agosto, cuando fueron desalojados aprovechando el despiste veraniego. Pero el movimiento ya había fraguado; se estaba organizando. Se había abierto un debate sobre la gestión de lo público, sobre el modelo político que reclamaba una parte de la ciudadanía. Fuera de la plaza continuaron las asambleas, debates y movilizaciones. Entre la